

## ¿Otra esquina caliente para las políticas culturales?

Nuevos temas y viejas preocupaciones para un recién estrenado programa de estudios

Lázaro Israel Rodríguez Oliva<sup>1</sup>

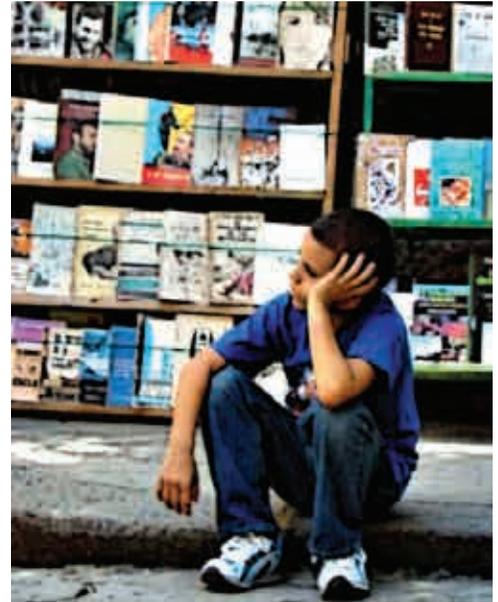
### El escenario

Firmada el 7 de septiembre de 2006, un grupo de intelectuales y decisores cubanos recibieron la invitación del entonces Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, para participar entre el 4 y el 6 de octubre de ese año en el taller “Políticas culturales: recurso y método de la transición socialista: un debate,” organizado para

discutir sobre los problemas principales del campo de las políticas culturales en Cuba; coordinar un debate entre los actores de los distintos espacios de realización de la política cultural y contribuir a una agenda de investigación sobre la política cultural en Cuba.

Finalmente, entre decisiones burocráticas, acomodos personales y la caída en cama de varios de los participantes ante el embate del dengue, el taller se ha venido posponiendo.

De esa fecha acá, podría decirse que mucho ha llovido —e incluso tronado— en lo que pudiéramos considerar el campo de reflexión de las políticas culturales en Cuba. Desde el punto de vista del debate, varios acontecimientos dados en múltiples escenarios (correo electrónico, medios de comunicación cubanos y extranjeros, páginas webs, blogs, espacios académicos,



televisión, cines, asambleas, etc.) han desmochado caminos que permanecían tupidos en la esfera de la política cultural.

Aunque el propósito de este artículo no es sistematizar y dar seguimiento a estos debates —una tarea aún pendiente para una reflexión crítica sobre el escenario, y la anoto como carencia para un análisis más acertado—, sí hay que destacar el rol que vienen teniendo varios eventos, entre ellos los auspiciados por Desiderio Navarro y el Centro Teórico-Cultural Criterios, desde el 30 de enero de 2007. El ciclo de conferencias “La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión” apostó por echar leña al casi fatuo fuego del pensamiento problematizador, comprometido con el perfeccionamiento de un sistema anticapitalista como el que se construye hoy en Cuba. De hecho, una reciente valoración de Ambrosio Fonet sobre estas conferencias da cuenta de su papel en “llenar un vacío de información [...] que ha renovado el interés por el análisis crítico de nuestra política cultural”. (Fonet, 2007)<sup>2</sup>

<sup>1</sup> MÁSTER EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN, UNIVERSIDAD DE LA HABANA (2005). INVESTIGA CUESTIONES RELACIONADAS CON LAS POLÍTICAS CULTURALES, DESARROLLO Y SOCIEDAD, DESDE 2003, EN EL INSTITUTO CUBANO DE INVESTIGACIÓN CULTURAL JUAN MARINELLO. CONTACTO: lazaroisrael@gmail.com.

<sup>2</sup> ESTA ENTREVISTA TRATA, ENTRE OTROS TÓPICOS, SOBRE LA ENTONCES RECIENTE CONFERENCIA CON QUE FONET ABRIERA EL REFERIDO CICLO DE CRITERIOS. PARA MÁS INFORMACIÓN SOBRE ESTOS DEBATES VÉASE LA INTRODUCCIÓN DE DESIDERIO NAVARRO A DICHO CICLO. (NAVARRO, 2007) TAMBIÉN ESTE ARTÍCULO Y TODAS LAS CONFERENCIAS PUEDEN DESCARGARSE EN EL SITIO WEB DE CRITERIOS, DISPONIBLE EN: [HTTP://WWW.CRITERIOS.ES/CICLOQUINENOGRI.SHTM](http://www.criterios.es/cicloquinienogris.htm).

Aunque meritorias, estas iniciativas no parecen suficientes para pensar en el campo de problemáticas de las políticas culturales. Lo cierto es que obedecen a propósitos específicos y tienen una historia determinada. Por otro lado, pero en el mismo sentido, en términos académicos, en Cuba podría resultar excesivo hablar de un campo de estudio de las políticas culturales, o sea, de trabajos donde se aborden las trayectorias de estudios, investigaciones, que cuenten con programas articulados y presupuestos, etc. Sí soy del criterio de que ha habido un espacio en construcción, que muchas veces ha sido incluso extraacadémico. Esta idea se basa en el criterio de que existe la referencia de un campo a nivel internacional para las políticas culturales, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX cuando varias escuelas de pensamiento legitimaron —desde diferentes corrientes y filiaciones ideológicas— la existencia de un espacio de problematizaciones para las políticas culturales. A nivel internacional, dicho campo de las políticas culturales no escapa del arrastre liberal de especificar un campo de estudio que atiende un estanco social, a la usanza de las grandes divisiones sociales que serían los objetos de estudio de la psicología, la sociología, la antropología, la ciencia política, etc. Ha habido una suerte de obsesión por la idea de que las políticas culturales son unidades de análisis complejas, inaprehensibles en su perspectiva positiva de indicadores y medidas concretas. Y en ese empeño ha habido también todo un conjunto de aproximaciones descriptivas, exploratorias, interpretativas y transformadoras que confluyen como miradas sobre aspectos coincidentes de las relaciones sociales. En segundo lugar, en Cuba, en los debates, ensayos e investigaciones que se han dado, están implicadas todo un conjunto de mediaciones (políticas, ideológicas, prácticas; económicas, etc.) que van más allá de la idea de estudios, para lo que se está produciendo en materia de políticas culturales en Cuba. La mayoría de las reflexiones que se han producido, de hecho, han sido pro-

tagonizadas por sujetos que están fuera de las academias y los espacios institucionales de producción de saber, incorporando su propia reflexión al pensamiento social de su época. Un importante cúmulo de trabajos que abordan algunos aspectos de las políticas culturales, aunque no del todo difundidos y discutidos. Cabe citar a autores que han trabajado recientemente el tema desde las más diferentes aristas, como Rafael Hernández, Alaín Basaíl, Yánet Toirac, Jorgelina Hernández, Pablo Pacheco, Arturo Arango, Roberto Fernández Retamar, Arturo Arango, Fernando Martínez Heredia, Eduardo Heras, Graziella Pogolotti, Gleidys Martínez, Sandra del Valle, Carlos A. García, Ambrosio Fornet, Julio César Guanche, Desiderio Navarro, Oscar Ochoa, entre otros.

Un tercer aspecto, tendría que ver con la polémica de que la intención de visualizar un campo no implica su existencia misma. Hablar de campo implica hacerlo del campo en sí, para sí y para los otros. La construcción de un campo implica la conciencia de que se está participando en un juego con intereses comunes y encontrados dentro de finalidades específicas. Así, la problematización del campo y sobre todo, sus relaciones con otros sujetos, estaría pleno de tensiones. En Cuba, las tensiones pudieran identificarse entre:

1. academia (universidades, centros e institutos de investigación) y políticos;
2. investigación instrumental y pensamiento crítico;
3. dentro de la propia academia a legitimación de la producción del saber (institutos, centros fuera de las adscripciones universitarias) y los guetos universitarios y sus espacios de consagración y legitimación del saber;
4. las instituciones convocantes y los sujetos que participarán o no del Programa.

En lo adelante, se compartirán un conjunto de aspectos que, desde una perspectiva exploratoria, podrían apuntar un debate tanto sobre el escenario en el que

se debe inscribir un programa ramal de estudios en políticas culturales, como sobre la idea misma del programa para esta área de reflexión.

### **De programa a campo de estudios: encuadre institucional y potencial reflexivo**

Desde hace algún tiempo viene rondando la idea —ya casi materializada— de convocar un Programa Ramal de Investigaciones en Políticas Culturales, auspiciado por el Ministerio de Cultura, e inserto en la lógica de la organización institucional de la ciencia, bajo la rectoría del Ministerio de Ciencia Tecnología y Medio Ambiente. Para la elaboración del programa, me fue pedido un borrador, de modo que los decisores pudieran contar con una actualización de la problemática en las prácticas de investigación de la temática a nivel internacional. De aquello quedó poco en la formulación posterior que llegó a mis manos —confieso que el documento estaba muy cargado de nuestra jerga profesional—, por lo que, animado por no desechar horas y esfuerzo, y a pedido del director de *Perfiles de la Cultura Cubana*, me sumé en la cuerda más propositiva que evaluativa de lo ya hecho y este artículo queda entonces resultante.

En este contexto, me propongo introducir algunas coordenadas sobre por dónde puede ir un campo de estudios de las políticas culturales en Cuba, para, así, ir esbozando algunos problemas que servirían de base a la fundación no solo de un programa, sino al fortalecimiento de un necesario campo de reflexiones sobre el tema, a tono tanto con las tendencias internacionales, como con las exigencias de la cambiante sociedad cubana. Es preciso aclarar que en la idea de campo, si bien no estarían todos los que investigan políticas culturales, como es de sospechar, sí al menos se podría aunar el ahora aislado conjunto de investigadores que, desde diferentes perspectivas, propósitos, metodología e intere-

ses, son antecedentes en estas materias.

Solo como una precisión terminológica, me gustaría explicar que, al hacer referencia al campo de estudios, me apoyaré en un texto de María Immacolata Vasallo de Lopes, que, aunque enfocado al análisis del estatus disciplinario del campo de la comunicación, resultará útil en un ejercicio de extrapolación. (Vasallo, 2001) Antes, vale aclarar que por campo se refiere al concepto de Pierre Bourdieu —aunque no será en este trabajo donde discutamos especificidades epistemológicas del campo en sí mismo sino, más bien, solo apuntes y conceptos fructíferos a los propósitos del artículo. Así, dice el sociólogo de la cultura que

un campo —podría tratarse del campo científico— se define, entre otras formas, definiendo aquello que está en juego y los intereses específicos que son irreductibles a lo que se encuentra en juego en otros campos o a sus intereses propios [...]. Para que funcione un campo es necesario que haya algo en juego y gente dispuesta a jugar, que esté dotada de habitus, que implican el conocimiento y el reconocimiento de leyes inmanentes al juego, de lo que está en juego. (Bourdieu: 1990: 135-137)

El juego de intereses inmersos en la constitución de cualquier campo vendría a explicar no solo algunas de sus especificidades, sino que clarifica su sostenibilidad y futuro.

Siguiendo a la citada autora brasileña, me gustaría posicionarme desde una definición operativa de campo académico. (Vasallo, 2001: 43) El de las políticas culturales pudiera asumirse por un conjunto de instituciones, prácticas e individuos donde se estudia, investiga o capacita en temas que se ubican dentro del universo de problemas relacionados con las políticas culturales. Un espacio donde

se produce la teoría, la investigación y la formación [...]. Eso implica que en ese

campo se pueden identificar varios sub-campos: el científico, implicado en prácticas de producción de conocimiento: la investigación académica tiene la finalidad de producir conocimiento teórico y aplicado por medio de la construcción de objetos, metodologías y teorías; el educativo,(2001: 44)

caracterizado por la producción de capacidades en un sujeto inserto o por insertarse en un mercado de trabajo dentro del ámbito de las políticas culturales.

El objeto de esta reflexión será, por tanto, un sub-campo de la investigación académica, dentro del más general de estudios y prácticas intelectuales, que sería más amplio. En términos de una mejor comprensión, me gustaría precisar que aquí las políticas culturales —me gusta llamarlas políticas públicas de cultura— serán entendidas como las he usado en anteriores trabajos, o sea, como un dominio propio con reglas y posiciones específicas, que median entre la organización social, cultural y política y la movilización de las representaciones y prácticas simbólicas de los sujetos sociales, institucionalizado en un sector de la agencia pública. (Rodríguez Oliva, 2005)<sup>3</sup>

Pudiera decirse que, en materia de epistemología de las políticas culturales, los cubanos estamos a la saga de las tendencias teóricas y metodológicas con-

temporáneas, particularmente cuando los estudios en lengua inglesa sobre esta temática tienen un desarrollo, e incluso una institucionalización en departamentos, universidades, fondos de investigación y conferencias anuales, dentro de lo que pudiéramos denominar la industria académica de los Cultural Studies (estudios culturales). Esta idea es discutida, incluso dentro del seno de los estudios culturales, cuando explicitan que el de las políticas culturales es un tema faltante en su agenda,<sup>4</sup> reservando el campo de estudios de las políticas culturales a la institucionalidad más burocrática de los *think tanks*, observatorios culturales y oficinas de estadísticas de los ministerios, dependencias e instituciones culturales.

La idea misma de estudios culturales está actualmente muy discutida, sobre todo desde una perspectiva latinoamericana de pensamiento crítico, polemizando la esfera de estudios y llevándola al ámbito de las prácticas en cultura y poder. Esto, para romper con cierta naturalización de la idea de los estudios culturales, por constituir de esta forma una suerte de dependencia epistemológica de los originarios promotores anglófonos, de un campo que, según Daniel Mato, viene despolitizándose:

su carácter político ha venido disolviéndose en una retórica de la política

<sup>3</sup> OTRO AUTOR CUBANO, ALAÍN BASAÍL, HA TRABAJADO, DESDE LA SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA UN CONCEPTO DE POLÍTICAS CULTURALES PARTIENDO TAMBIÉN DE VISIONES MÁS AMPLIAS DE LAS TRADICIONALES SOBRE LA CULTURA Y LA POLÍTICA. HE PREFERIDO INCLUIRLO, PRECISAMENTE POR LA ESCASEZ DE REFERENCIAS TEÓRICAS DE NUESTRAS ESCASAS INVESTIGACIONES.

DESDE UN PLANO MÁS TEÓRICO, SUGIERE ENTENDER A LAS POLÍTICAS CULTURALES COMO “VEHÍCULOS DE PRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN DE LAS FORMAS DE SABER, DE LOS CÓDIGOS DE REPRESENTACIÓN Y LOS PROCESOS DE APROPIACIÓN Y DEFINICIÓN DE LA REALIDAD. EN ESTOS TÉRMINOS, SUBRAYA EL HECHIZO QUE LAS ENVUELVE PUES NO DEJAN DE CONSTITUIR SOPORTES CULTURALES PARA LA LEGITIMACIÓN DEL PODER Y LA DOMINACIÓN; MIENTRAS, EL GESTOR CULTURAL SE DEBATE EN RESOLVER CON CONGRUENCIA LAS DIFÍCILES CUESTIONES SOCIOPOLÍTICAS, ECONÓMICAS, ÉTICAS Y ESTÉTICAS QUE SU ACTIVIDAD IMPLICA. LAS POLÍTICAS CULTURALES SON FUERZAS MODULADORAS DE LAS SINERGIAS QUE CONTRIBUYEN A LA CREACIÓN DE UNA REALIDAD ACORDE CON LOS INTERESES DE LA COLECTIVIDAD, Y A FIJAR LAS PAUTAS DE LA DISTRIBUCIÓN Y EL ACCESO A LOS BIENES Y SERVICIOS CULTURALES. POR ELLO, PUEDEN ENTENDERSE COMO PROCESOS SOCIALES DE DISTRIBUCIÓN DE PODER A TRAVÉS DE UN CONJUNTO DE ESTRATEGIAS O LÍNEAS DE ACTUACIÓN DE GRUPOS DE TRABAJADORES DE LA CULTURA, LAS INSTITUCIONES Y EL ESTADO.” (BASAÍL, 2005: 89)

<sup>4</sup> JUSTIN LEWIS Y TOBBY MILLER, EN SU INTRODUCCIÓN AL TEXTO CRITICAL CULTURAL POLICY STUDIES. A READER, CITAN A ÁNGELA McROBBIE CUANDO POLEMIZA EN TORNO A LA IDEA DE CÓMO LA TECNOBUCROCRATIZACIÓN DE LA AGENDA DE LAS POLÍTICAS CULTURALES EN ALGUNOS MOMENTOS HA DIFERIDO DE LA CRITICIDAD DE LOS ESTUDIOS CULTURALES. DADA LA EXPERIENCIA DE UN CAMPO COMO EL DE LOS ESTUDIOS CULTURALES, QUE HA TENIDO SUS ALTIBAJOS EN CUANTO A CRÍTICA POLÍTICA, PODEMOS DECIR QUE, SALVO EXCEPCIONES, NO HA HABIDO ESTUDIOS SOBRE POLÍTICA CULTURAL QUE PUEDAN DEFINIRSE SOSTENIDA Y CRÍTICAMENTE EN LAS LLAMADAS INVESTIGACIONES SOBRE LA CULTURA. (VÉASE LEWIS Y MILLER, 2002: 5-6) EL TEXTO DE McROBBIE CITADO ES DE 1996, “ALL THE WORLD’S A STAGE, SCREEN OR MAGAZINE: WHEN CULTURE IS THE LOGIC OF LATE CAPITALISM”, EN MEDIA, CULTURE AND SOCIETY, V. 18, NO. 3, PP. 335-342.

y los asuntos de poder que no permite ver las prácticas de los actores sociales. Así, buena parte de los “Cultural Studies”, esos que se hacen en inglés, no analiza las prácticas de los actores, es mero asunto de análisis de textos y discursos, puestos en contextos en los cuales no se da cuenta de prácticas sociales específicas. (Mato, 2002)

Por otro lado, la investigación sobre políticas culturales en la lógica del presentismo administrativo muchas veces ha tendido a producir un conocimiento técnico, programático y desenfocado de las realidades y las relaciones de poder e intereses que las atraviesan.

Para el caso latinoamericano, la dinámica entre políticas culturales, academia y sociedad ha sido abordada, entre otros, por Ana María Ochoa, quien resume la idea de varios autores, y concibe la política cultural como un “área de intervención crucial”, (Ochoa: 2002: 214) y ubica, incluso este campo, en medio de tensiones colocadas alrededor de definiciones terminológicas resultantes de la pluralización del texto cultural, a partir de los usos que la sociedad viene haciendo de los valores culturales:

En la práctica del diseño de las políticas culturales existe una lucha entre el objeto cultural como válido por sus dimensiones estéticas y lo simbólico como válido por la mediación que hace posible a través de su movilización (como mediador de un proceso social y cultural). Es decir, la pluralización del texto conlleva la desestetización del mismo. La lucha que se da en el campo de los estudios de cultura y poder o teoría crítica entre estética de los lenguajes y sociología de las representaciones, no es exclusiva de la academia; se encuentra también en la práctica de las políticas culturales. Así, la tensión en los modos de definir la noción mis-

ma de política cultural se traduce en luchas concretas en la esfera pública. (Ochoa, 2002: 217)

Con ello, saca la idea de estudios culturales de los guetos e institucionalidades académicas y lo sitúa en un ámbito social más amplio, como una preocupación de la sociedad toda. En nuestro país, es interesante —solo como apunte— que Desiderio Navarro, al presentar el referido ciclo de conferencias sobre políticas culturales ubicó también esta discusión del campo en el ámbito de la esfera pública. Allí decía que

las ineludibles necesidades del desarrollo tecnológico, económico y cultural del país nos han colocado irreversiblemente ante un nuevo e interesantísimo fenómeno sociológico-comunicacional y político-cultural de insospechadas posibilidades: no un webforum, no un newsgroup, no un chatroom, no un blog, sino ante lo que es todavía una “plazoleta electrónica”, una “ciber-esquina caliente”, un callejero flujo multidireccional y cambiante de mensajes, sin moderadores ni reglas, cuya estructura, si la tiene, no es la de una red, sino la de un rizo-ma. (2007: 3)

Navarro ubica el problema en lo que ya Jesús Martín Barbero (2001) —inspirado en Habermas— había planteado en términos de la transformación estructural de la esfera pública, y con ella, de la sociedad toda, y sus demandas, a partir del rol de las nuevas tecnologías y sus usos para la transformación social. La idea de tomar en cuenta las prácticas de cultura y poder dentro de un campo de estudios está implícita en las preocupaciones de la historia intelectual de la Revolución, cuya institucionalidad parece haber estado más rezagada que las propias problematizaciones y los abordajes sociales de “sus intelectuales”.

Esta idea de ligar cultura y desarrollo social ha estado contenida en el pensamiento político cultural cubano. Tanto esta cuestión como la otra de pensar la cultura como derecho, que tienen actualmente una presencia muy activa en las agendas de discusión de los organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y la Organización de Estados Iberoamericanos (OIE), aparecieron en los discursos de la política y la práctica cultural cubana desde hace décadas. Armando Hart, ex-ministro de Cultura y promotor activo del tema recuerda que “[f]ue la delegación cubana la que en la Reunión Mundial sobre Política Cultural efectuada en México, en 1984, propuso la iniciativa del Decenio Mundial de la Cultura”. (Hart: 2004, 26) Pero también apunta que antes,

[e]n la reunión efectuada en 1977 en Moscú de los Ministros de Cultura de los países miembros del CAME, señalábamos que si la cultura no se asociaba al desarrollo económico y social, se crearían gravísimas complicaciones para el socialismo. (2004, 101)

A las claras, se reconocía el papel mediador de la cultura en el desarrollo social e, incluso, su rol en la continuidad de un proyecto social anticapitalista, lo que lleva a pensar la cultura desde un concepto más atento a la realidad, no restringido a los nexos entre un desarrollo (estrictamente económico) con el campo de una cultura (estrictamente artístico-literaria). La investigación aparece desde esta visión como un campo imprescindible que brinda información para el ejercicio de las políticas culturales.

El abordaje de los problemas culturales de una sociedad cada vez más caen fuera de la jurisdicción de la cultura artística y literaria, y su institucionalidad deja de concebirse solo en los límites de los aparatos

de los Ministerios de Cultura. La tendencia es a asumir la cultura como un dinamizador de la sociedad toda, más allá de las bellas artes y el patrimonio, los medios y los ballets clásicos. Con respecto a cómo nuestra institucionalidad demanda el desarrollo de un pensamiento enriquecedor de su propia práctica, el propio Ministro de Cultura ha asegurado que “un programa cultural de grandes aspiraciones cuantitativas requiere una vigilancia cualitativa permanente”, (Prieto, 2000: 3) lo cual legitima la apertura de un Programa Ramal de Investigaciones en Políticas Culturales con un enfoque transdisciplinar desde sus orígenes, en cuya convocatoria, si bien no como investigadores a tiempo completo, sí tendrían que entrar —por oxigenación indiscutible— los debates que en otras esferas extraacadémicas se estén ventilando.

Un artículo recién aparecido en la revista *Casa de las Américas*, del politólogo Rafael Hernández, apunta la necesidad de potenciar el diálogo con miras a construir soluciones consensuadas para la transformación social, incluso más allá de la institucionalidad, sin renunciar a ella:

La cultura y el pensamiento social son campos concéntricos, cuyo principal espacio de proyección es la sociedad civil, aunque también requieran mantener un diálogo con las instituciones estatales y políticas. Se trata de un diálogo entre una parte de esa sociedad civil, un movimiento intelectual representativo, con un ámbito legítimo y propio, y el resto de esa sociedad y sus instituciones. Facilitar este diálogo, en la medida en que facilita la producción de ideas o se apoya el conocimiento de los problemas sociales más acuciantes, no implica organizarlo y planificarlo como la producción de mercancías o servicios, ni mucho menos regularlo y controlarlo con mecanismos verticales, unívocos, altamente centralizados o rígidamente compartimentados. (Hernández, 2007: 133)

Reconociendo la necesidad de un estudio pormenorizado incluso de estos trayectos intelectuales en plena ebullición en Cuba ahora mismo, me gustaría apuntar —más del lado de la academia por los propósitos de enriquecer un programa de Estudios—, pero lanzando la necesidad de pensar estas mismas cosas en otros ámbitos, un mapa de puntos que no deben faltar —ni son los únicos, ni tienen orden jerárquico— en la conformación de los temas para dialogar en materia de políticas culturales. Me percaté, casi al entregar el artículo, que este tiene un antecedente, al menos de intencionalidad, en otro que publiqué hace ya un tiempo en *La Gaceta de Cuba*, un trabajo enfocado más en la relación entre comunicación y cultura y sus mediaciones en la investigación en políticas culturales. Sirva este nuevo abordaje de complemento de aquel, particularmente cuando, pasados dos años, muchas de las interrogantes levantadas en ese entonces siguen abiertas. (Cfr. Rodríguez Oliva, 2006: 50-53)

### **¿Qué estudiar dentro (e incluso fuera) del campo de las políticas culturales?**

Se reconoce que todo planteamiento de un mapa de estudios en políticas culturales en nuestro país quedaría incompleto desde cualquier esfuerzo de propuesta, teniendo en cuenta factores como la carencia de tradiciones investigativas sostenidas y sistematizadas, y la desactualización de referentes internacionales a la que se ven sometidos los investigadores del campo, ante todo por la dificultad de acceso a bibliografía y discusiones actualizadas sobre el tema. No obstante, me aventuro en esta propuesta de áreas temáticas para el seguimiento o apertura en los abordajes en el contexto cubano o sobre la región desde Cuba. E insisto en que el planteamiento de temas en este mapa no indica la carencia de algún que otro abordaje en nuestro territorio, aunque sí, su falta de continuidad, discusión y difusión.

Un objeto de investigación que resalta por su ausencia desde el inicio es la sistematización de los documentos que conforman las políticas culturales. Sería necesario sistematizar y avanzar en el desarrollo de bibliografías especializadas que recojan documentos políticos y manifiestos artísticos, culturales, anuarios, noticias, estadísticas, etc., que contribuyan a poner en historia las dinámicas político-culturales más allá de los '60. De igual forma, se hace útil en este esfuerzo establecer trayectos, cronologías documentales en políticas culturales, que deben ser complementadas con itinerarios testimoniales de protagonistas, hasta donde sea posible, y análisis de coyuntura, de modo que el campo de las políticas culturales no parezca situado por encima de sus condiciones sociales de producción, como advertimos en no pocos acercamientos investigativos e intervenciones puntuales. Si bien es necesaria la sistematización de documentos y testimonios, es preocupante la carencia de una historia no solo desde la mirada intelectual de las políticas culturales, sino de los procesos político-culturales en sí mismos, a lo largo del período revolucionario.

La formación de un campo de estudios implica siempre una epistemología del propio campo, de modo que puedan definirse no solo las herencias de saberes que tributan a su construcción, sino las teorías, paradigmas y tendencias que lo caracterizan. Esta línea de investigación sería particularmente importante, teniendo en cuenta el síndrome del “aldeano vanidoso”, como diría Martí, con que a veces se construyen nuestros capítulos teóricos, creyendo que el mundo entero es la aldea en que debido a la falta de sistematicidad, poca criticidad y escasa orientación, hemos crecido. En este mismo sentido, se hace necesario profundizar en el estudio de las metodologías y modelos de intervención en políticas culturales, así como en la indagación en los mecanismos de planeación para la acción cultural, de cara

al fomento de estudios prospectivos en políticas culturales. Se están produciendo actualmente en Cuba un conjunto de trabajos desde las Ciencias Sociales (sociología, ciencias políticas, psicología, comunicación, antropología, etc.) que pueden contribuir a un mayor conocimiento de las problemáticas político-culturales, que tendrían que ser integradas en discusiones que aporten nuevas agendas y abordajes. La función de la teoría crítica es fundamental en un terreno de lucha ideológica como el de las políticas culturales. Sobre su rol en la práctica de la política, curiosamente he encontrado una cita de Roberto Fernández Retamar en un artículo sobre la crítica y los intelectuales en Cuba, que insiste en los peligros de la carencia de referentes teóricos para la formación de criterios, en particular, dentro de la dirigencia revolucionaria:

Un error teórico cometido por quien puede convertir sus opiniones en decisiones ya no es solo un error teórico: es una posible medida incorrecta. Con medidas incorrectas hemos topado, y ellas plantean, por lo pronto, un problema de conciencia a un intelectual revolucionario, que no lo será de veras cuando aplauda, a sabiendas de que lo es, un error de su revolución, sino cuando haga ver que se trata de un error. Su adhesión, si de veras quiere ser útil, no puede ser sino una adhesión crítica, puesto que la crítica es “el ejercicio del criterio” [...]. (en Navarro, 2006: 10-11)<sup>5</sup>

Contrario a lo que ha pasado hasta el momento, la preocupación por la teoría en la práctica de las políticas culturales ha sido un faltante en la agenda de preocupaciones del campo político. Quizás entre otros, este podría ser un factor que explica

las actuales tendencias en políticas culturales y los tropiezos que todavía generan para la construcción de una sociedad más justa y culta.

Con respecto a la institucionalidad cultural, como línea de investigación, sería pertinente profundizar no solo en el estudio del sistema de “instituciones de la cultura”, sino en sus rutinas productivas, que se incluyeran dentro de este aspecto tanto proyectos comunitarios, como grupos intelectuales, espacios del mercado negro, etc. Sigue pendiente el estudio de la relación entre las políticas culturales y el campo político más general, así como de las ideologías —profesionales y otras— contenidas en los discursos sobre la cultura que, a su vez, afectan los modos de producción cultural, por ejemplo.

Dentro de las investigaciones de la institucionalidad, insisto en la utilidad de indagar en la dinámica de los circuitos, agentes e instancias de la cultura; los procesos históricos de su institucionalización; las dinámicas institucionales en políticas culturales así como los discursos, ideologías y mediaciones políticas del campo cultural. Esto, haciendo especial énfasis en los estudios —en profundidad—, de programas y estrategias de acción cultural.

Como el campo de mediaciones político-culturales es más que vasto partiendo de una concepción amplia de cultura y política, me gustaría indicar la necesidad de pensar las políticas culturales en relación con otras estructuras y esferas sociales como las industrias culturales,<sup>6</sup> así como la economía y la esfera del trabajo. Faltan acercamientos sobre las relaciones de la política con los soportes y mecanismos económicos de las inversiones culturales, la industria editorial, el cine, los mercados culturales, en particular los mecanismos de producción, distribución y consumo de bienes culturales.

<sup>5</sup> LA CITA PERTENECE AL TEXTO R. FERNÁNDEZ RETAMAR 1967 “HACIA UNA INTELECTUALIDAD REVOLUCIONARIA EN CUBA”, EN *ENSAYO DE OTRO MUNDO*, (LA HABANA INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO), P. 186.

<sup>6</sup> La Dra. Tania García, en el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, está haciendo un trabajo meritorio en desbrozar el complejo entramado de la economía de la cultura en el país.

Sobre la relación entre las políticas culturales y la esfera pública es destacable la necesidad de articular una línea de investigación que aborde la relación entre este campo político y los medios de comunicación (radio, cine, televisión, nuevos medios como el correo electrónico, internet, etc.). Los recientes sucesos mencionados en la introducción de este trabajo nos llevan a pensar las estructuras existentes para la producción de cultura dentro de los formatos más influyentes de nuestro tiempo: los medios de comunicación social. El consumo cultural de esos medios; el estudio de las prácticas culturales y los mecanismos de democratización cultural; los ritos populares que atraviesan esas prácticas; las dinámicas de acceso a bienes culturales y de producción, distribución y consumo de capitales culturales; la relación del consumo cultural y la estructura social y, su rol en la construcción de las desigualdades; apuntan a la necesidad de relacionar las políticas culturales con estos objetos de estudio, así como impactos en la relación oferta-necesidades en los usos de los bienes culturales y los impactos de la globalización y de los modelos ideológicos capitalistas en el consumo cultural.

Como tendencias internacionales, los estudios de las relaciones entre políticas y consumo cultural infantil, culturas juveniles, los viejos, las mujeres, los homosexuales, se han perfilado no solo para el conocimiento antropológico de estos grupos, sino para ubicarlos, incluso visibilizarlos, en espacios de culturas políticas que los excluían de sus visiones universalistas, adultocéntricas, androcéntricas, etc., de cara a plantear políticas culturales que reflejen la diversidad social, en el caso nuestro, del país que tenemos. Retomo a Ana María Ochoa que, citando a Daniel Mato, advierte que no pueden comprenderse en su complejidad las políticas culturales si no integran en su concepción o análisis

[...] todo aquello que se relaciona con el carácter simbólico de las prácticas sociales y en particular a la producción de representaciones sociales que juegan papeles claves [sic] en la constitución de los actores sociales y el diseño de políticas y programas de acción. (2002: 149)

Otras líneas por precisar y estudiar son las que abordan tanto los recursos de control y evaluación de la acción cultural como las existentes estructuras institucionales de formación de competencias culturales, y su relación con la real acción cultural y sus dinámicas. Teniendo en cuenta los escenarios de desarrollo del país, al menos los que se vislumbra, sería necesario el estudio de la relación entre políticas culturales, turismo y desarrollo, particularmente las potencialidades que las industrias culturales tienen en la esfera del turismo para hacer efectivamente de la cultura un recurso del desarrollo. El análisis del turismo cultural y sus dinámicas político-culturales, el mercado de trabajo cultural en esta esfera, así como sus espacios de institucionalización, sus dinámicas y sostenibilidad, son áreas de interés que un nuevo programa no debe desestimar.

De igual forma, no deberían faltar de una agenda de investigación los espacios de articulación entre Estado y sociedad civil, en las dinámicas culturales; así como algunos aspectos relacionados con la ciudadanía y la participación cultural en el contexto del socialismo, y la cuestión de los derechos culturales en su relación con las políticas. Sobre este aspecto, son imprescindibles estudios que abunden en indicadores de desarrollo para el país que puedan integrarse comparativamente a los utilizados a escala internacional por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la UNESCO. Es indispensable conocer cómo se formulan en Cuba —y se cumplen— los derechos culturales en sus relaciones con el desarrollo humano; así como indagar en el compromiso de

los derechos culturales con la diversidad cultural en aspectos como la memoria, el patrimonio, las expresiones culturales, y la participación ciudadana. Recurro a una frase de Julio César Guanche que entresaqué de una presentación del libro de Desiderio Navarro, *Las causas de las cosas*, cuando afirma que

somos más libres porque ha existido una Revolución en Cuba. Por ser más libres, afirmamos que la Revolución tiene que ser la ampliación de cada nueva libertad conquistada”, (Guanche, 2007: 5)

por tanto, la reflexión sobre todas estas problemáticas, su alcance y su superación hacia formas más participativas, incluyentes y enriquecedoras de la dignidad del ser cubano, tienen que estar constitutivamente en el carácter mismo —y me atrevo a decir que en el futuro *sine qua non*— de la Revolución misma.

Pienso que cada una de estas líneas temáticas tiene que, además de estudiarse en Cuba, insertarse en el universo de discusiones de nuestra región e, incluso, a nivel internacional, teniendo en cuenta que nuestro país no solo se propone un sistema anticapitalista, sino que otros países se incorporen a esta lógica. En este escenario, cabe decir que la agenda de investigaciones de las políticas culturales debería estar comprometida con la integración a la Alternativa Bolivariana para las Américas, como ninguna otra, y no exagero cuando afirmo esto, teniendo en cuenta que justamente la desatención de los factores culturales de la integración ha explicado los fracasos de otros procesos con similares propósitos a lo largo de la historia del continente. Por tanto, los temas asociados a la cooperación —no solo la instrumental del campo de las relaciones internacionales, conocida como cooperación cultural, sino aquella que se da en la lógica cooperativa de la integración— tienen que ser abordados desde

perspectivas comparadas y en profundidad como conocimiento necesario para el planteamiento de políticas sucesivas.

Es inevitable el estudio, desde Cuba, del rol de la cultura en los nuevos espacios multilaterales y de cómo Cuba participa —desde su exclusión o inclusión— en estas relaciones político-económicas. También el conocimiento sobre las políticas de Nación en el contexto de transformaciones culturales sustantivas en medio de la globalización que es también cultural en tanto postula un campo en los modos de vivir hoy. De igual manera pasa con los procesos educativos desde la cultura, y el rol que juegan en ellos políticas y estrategias formuladas desde la institucionalidad cultural.

Si en algo puede contribuir la aparición del Programa es en su posibilidad de puede crear productos intelectuales para discutir, debatir, reflexionar, cuestionar, polemizar, entre todos, acerca de qué se entiende por política cultural; desde dónde se entienden los referentes de cultura y política y las implicaciones sociales del uso de los conceptos. Se presenta el reto de constituir un campo alternativo al que ya se viene institucionalizando en la academia del norte (ingleses, norteamericanos, franceses, australianos), que políticamente esas formaciones institucionales, y planteen una institucionalidad a tono con la sociedad que tenemos en perspectivas de construir. Es un hecho que no ha habido una identidad de pertenencia a un campo denominado de reflexión o de estudios en políticas culturales, porque el campo estaría en construcción, es muy incipiente, y ni siquiera con la participación de un Programa Ramal que “organice” la investigación pudiera afirmarse que tomará cuerpo. El Programa Ramal vendría a ser un aspecto más dentro de un conjunto de debates que sin reconocer que atañen a las políticas culturales, las implica.

Por otra parte, nadie dudaría en sostener que el de las políticas culturales fuera un

campo polémico, abarcador, a veces descolocado de sus límites “formales” e invasor de otras disciplinas y saberes, sobre todo porque sus problemas están en la carne viva de la continuidad del proceso social mismo. Ver su desarrollo como una amenaza de cualquier proceso revolucionario sería fácilmente asociable a aquellos que en el conocimiento en profundidad sobre la sociedad ven trompetas del final —quizás de su propia condición favorecida. Lo cierto es que la práctica va demostrando la necesidad de salir del reduccionismo burocrático de las ciencias, de pensar que la investigación de políticas culturales se restringe a la descripción de planes y procesos, a la descripción de trayectos intelectuales y al conteo de bienes y servicios. Las políticas culturales —como todo el campo político— atañen a la sociedad en su conjunto y es obligación de la institucionalidad creada a tales fines responder a las exigencias de sus ciudadanos.

Sin deslegitimar la importancia de estudios como los referidos, no digo nada nuevo al pensar que la indagación valora-

tiva, desde varias disciplinas y campos de las Ciencias Sociales y los estudios culturales, se hace hoy más urgente que nunca, si, en efecto, apostamos por un cambio social que parta de una ética y una política anticapitalistas y socializadoras inherentes a la Revolución misma. Con tal propósito parece imprescindible que las esquinas calientes no sean vistas como amenazas de fuego sino más bien como parte del sistema que no puede enfriarse en la inmovilidad y el desatino de la ignorancia. El pensamiento social cubano sobre las políticas culturales parece haber entrado en un “nuevo estado de flujo”, como diría Román de la Campa, (2006: 24) con la entrada de nuevos sujetos, temas, perspectivas. De nuestro campo intelectual podrá depender en gran medida —no en toda—, tanto la superación de la desidia instrumentalista de los informes descriptivos sobre los esquineros de los despachos, como el logro de un debate que siga levantando ronchas y echando raíces en esta sociedad nuestra que lo necesita.

### Bibliografía

- Basail, Alaín 2005 “Desarrollo y políticas culturales. Adagio al discurso y al recurso de la cultura” en *Liminar* (Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas) No.3, V. III, junio.
- Bourdieu, Pierre 1990 *Sociología y cultura* (México: Grijalbo).
- De la Campa, Román 2006 *Nuevas cartografías latinoamericanas* (La Habana: Letras Cubanas).
- Báez, Rosa C. (entrev.) 2007 “Entrevista a Ambrosio Fonet” en *Librinsula*, Año 4, No. 165, 2 de marzo. En <<http://www.bnjm.cu/librinsula/2007/marzo/165/entrevistas/entrevistas407.htm>> acceso febrero de 2008.
- Guanche, Julio C. 2007 “Sobre Las causas de las cosas, de Desiderio Navarro: Contra la herejía” en *La Haine*. En <<http://lahaine.org/index.php?blog=3&p=20588>> acceso 5 de febrero de 2008.
- Hart, Armando 2004 *Cultura para el desarrollo. El desafío del siglo XXI* (Antioquia, Colombia: Universidad de Antioquia).
- Hernández, Rafael 2007 “Andar sin muletas. Cultura, política y pensamiento crítico en Cuba” en *Casa de las Américas* (La Habana) No. 249, octubre-diciembre.
- Martín Barbero, Jesús 2001 “Reconfiguraciones comunicativas de lo público” en *Anàlisi* (Barcelona) No. 26.

- Mato, Daniel 2002 *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* (Buenos Aires: CLACSO).
- Navarro, Desiderio 2006 “In medias república”: sobre los intencionales y la crítica social en la esfera pública cubana”, en *Las causas de las cosas. (La Habana: Letras cubanas)*
- Navarro, Desiderio 2007 “Introducción al Ciclo ‘La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión’” *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión.* (La Habana: Centro Teórico Cultural Criterios)
- Ochoa, Ana M<sup>a</sup> 2002 “Políticas culturales, academia y sociedad” en Mato, Daniel (coord.) *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* (Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/CEAP/FACES/Universidad Central de Venezuela).
- Prieto, Abel 2000 “Vanguardia artística y masividad” en *Cuba Socialista* (La Habana) No. 18.
- Rodríguez Oliva, Lázaro I. 2005 *Las políticas públicas de cultura y la cuestión del acceso: algunas consideraciones desde la pobreza como matriz cultural* (La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello). Informe de Investigación.
- Rodríguez Oliva, Lázaro I. 2006 “Políticas culturales e investigación: recurso y método”, en *La Gaceta de Cuba* (La Habana) No. 4, julio-agosto.
- Vasallo de Lopes, Immacolata 2001 “Reflexiones sobre el estatuto disciplinario de la comunicación” en Vasallo, Immacolata y Fuentes Navarro, Raúl (comps.) *Comunicación: campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas* (México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Universidad de Colima y Universidad de Guadalajara).

Imagen: © Autor. Niño en la Plaza de Armas mirando un pasacalle, Habana, Cuba, septiembre de 2007.